

Amor entre encinas y olivares

Antonio Merino Madrid

Diario "Cordoba", 28 de agosto de 1996, pag. 18.

Era lógico e inevitable que a los pocos compases apareciera el tema recurrente en el folklore popular andaluz de la molinera como mujer ligera y enamoradiza, pero lo que no podía imaginarme era que también se presentara, como un hallazgo precioso rescatado de un fondo cada vez más lejano y oscuro, el tópico literario culto del amor más allá de la muerte, que como inadvertida presencia fantasmal nos avisa sentenciosa en una carta escrita seguramente desde algún después ("*pues te quiero con el alma/ y el alma nunca se muere*"). Pero, en esta nueva y entusiasta muestra de buen hacer que es su recién editado disco *Entre encinas y olivares*, el grupo de música tradicional Aliara de Pozoblanco nos enseña que el folklore antiguo de nuestros pueblos contiene un muestrario tan rico y diverso de todas las formas posibles de amor humano que tiene necesariamente que convertirse en gozosa fuente revisitada de sabiduría amorosa, siquiera sea como antídoto frente a herrumbrosos poetas modernos, frente a no-clónicos y eternamente ofendidos que en el mejor de los casos sólo logran transmitirnos acidez.

Sea el primero, por deferencia devocional, el amor cuasi místico que, entre plegarias por abundantes cosechas de habas y garbanzos (encantadora mixtura), recogen los mayos de Villanueva de Córdoba y Añora y que alcanza su más alta expresión en esta severa coda jarota: "*Ay de mí,/ que al hijo de María/ muerto en la Cruz lo vi*". No es posible más dolor en menos palabras. Pero repuestos al punto de este trance necesario del cielo a la tierra, siempre coqueteando preciosamente con lo humano y lo divino, *Entre encinas y olivares* se torna pronto en un catálogo cadencioso de encuentros amorosos enmascarados sutilmente bajo la carpa ancha y ambigua de lo festivo y popular.

Ahí podemos aprender con provecho del zapatero que no sabía rezar o de los efímeros amores de fortuna de la sierra, por no hablar de las imprescindibles precauciones que a partir de ahora deberá tomar una moza al subir las escaleras o al caerse inoportunamente de una burra. Pero la gran lección verdadera de las cosas del querer nos la proporciona en su romance la eventualmente sedienta Clara, mujer casada que aun siendo clara se enturbió y quien quiera entender que entienda. Son los romances tradicionales, dicho sea de paso, una de las manifestaciones más interesantes del folklore tradicional de Los Pedroches, todavía vivo y tangible en la mente octogenaria de muchas personas de nuestros pueblos, que generosamente te es ofrecido a poco que con un verso suelto a modo de hilo vayas tirando del ovillo de su memoria. Sólo quien lo haya vivido puede comprender el placer inmenso de escuchar en voz antigua las largas retahílas del entremés de la molinera y el cura o de Gerineldo y la boda estorbada, por no hablar de Don Bueso, la doncella guerrera o la casada en lejas tierras. Son todas ellas historias que entroncan directamente con una tradición literaria mantenida oralmente de generación en generación al menos desde el siglo XVII, que los mas jóvenes, víctimas de una suerte de imbecilidad colectiva, hemos sido incapaces de aprender, rompiendo así una cadena mantenida desde nadie sabe cuándo, ocupados ahora como estamos en cosas mas útiles y modernas. Dado el frágil soporte de supervivencia que los mantiene, habremos de confiar en los esfuerzos futuros de colectivos como Aliara para evitar pérdidas tan irreparables.

Por algún motivo que ignoro, seguramente relacionado con cierta pasión ancestral todavía no reconocida, me parecen especialmente encantadores los amores pregonados por las esquinas de un personaje tan noble como el carbonero, que Aliara vuelve ahora a airear como ya hiciera en su primer trabajo *De la Chimorra a Puerto Mochuelo* (1987). Esta nueva ronda de carboneros presenta, con respecto a la primera, la novedad de la intervención quejumbrosa, con reminiscencias de albada, de la amada por pasar la noche sola y la resignación mostrada por el amante ante los efectos siempre extremos y dubitativos del estado amoroso ("*me da la muerte/ me da la vida/ picon de roble/ carbón de encina*"). Estas coplas de trabajo que devienen en canciones de ronda, ahora de carboneros, pero que bien podrían ser de segadores, arrieros o aceituneros, llegan a convertirse en su ingenuidad, a poco que se mire entre la hojarasca, en certero manual de instrucciones tanto para cortejadores inexpertos y poco avisados como para los que en su orgullo de varón aspiren a las cotas más altas de la seducción: todo intento de asalto y toda vanidad hombruna se desvanecen inmediatamente ante la comparación traicionera con un sombrero de paja.

Y he así como este ramillete de canciones populares confeccionan a la vez el *ars amandi* ("*Una niña, dos niñas,/ tres niñas quiero:/ las niñas de tus ojos/ y a ti primero*") y el *remedia amoris* ("*Una sartén sin rabo/ me dio mi suegra/ cada vez que reñimos/ la sartén suena*") de Los Pedroches. El ritual de cortejo es un corro de carnaval donde las máscaras desvelan más que ocultan: la careta es aquí la faz auténtica. Va a comenzar el baile, que lo baile, al son jubiloso de todas las formas posibles de amar. ¿De todas?. De todas. Abre, pues, tus orejas y entiende, que empieza a girar la rueda verdadera de la vida: "*Un alegre muchacho/ ha entrado en el baile...*". Aliara, como un *boomerang* del tiempo, nos devuelve las canciones que siempre fueron nuestras pero que a fuerza de mirar en exceso hacia adelante ya habíamos olvidado. En ellas nos reconocemos y nos comprendemos mejor. Ellas son, sí, fuente de sabiduría antigua.